

Trayectoria del «Jazz»

(Conclusión)

Mientras tanto, había estallado la primera guerra mundial. Las ciudades de los Estados Unidos recibieron la orden de refrenar el vicio. Y uno de los centros hacia los cuales las autoridades dirigieron su mirada moralizadora, fué Nueva Orleans. La secretaria de Marina, durante la presidencia de Wilson, emitió un decreto clausurando todos los sitios de diversión del legendario barrio de Storyville. Los hombres del *jazz* enfundaron sus instrumentos y emigraron, iniciando un éxodo que la película «Nueva Orleans» registra en una escena captada con bastante fidelidad.

A partir de entonces, el *jazz* sentó sus reales en Chicago. La «ciudad del humo y el acero», como la llama su gran cantor, el vigoroso poeta y biógrafo de Lincoln, Carl Sandburg, se hallaba entonces bajo la garra de los *gangsters*, quienes «controlaban» casi todos los sitios de esparcimiento, los famosos *speakeasies*, en los cuales los *jazzmen* recién llegados de Nueva Orleans encontraron abundante trabajo...

Como había ocurrido en la ciudad que le dió origen y acuñó sus tiernos años, en Chicago los músicos blancos no tardaron en prestar oídos a las orquestas afroamericanas, entre las que se contaban la de «King» Oliver, cornetista de robusto acento y profesor nada menos que de Louis Armstrong.

Y así se produjo la génesis de la denominada «escuela de Chicago», que no es sino un esfuerzo realizado por los jóvenes músicos blancos de la ciudad del lago Michigan por dominar los difíciles secretos del mecanismo del *jazz* afroestadounidense de Nueva Orleans. Este movimiento *jazzístico* estuvo en manos de creadores como Frank Teschemacher, Eddie Condon, Gene Krupa, Jimmy Mac Partland, Muggsy Spanier y muchísimos otros.

El *jazz* de Nueva Orleans alcanzó, en su nueva residencia de Chicago, su punto culminante. Pero entre tanto, factores adversos conspiraban contra su calidad y su supervivencia. El derrumbe del imperio erigido por los *gangsters*, dueños de las casas de diversión en las que actuaban los hombres del *jazz* y el advenimiento del cinematógrafo sonoro, que trajo aparejada una avalancha de música melódica y pegadiza, levantaron una barrera económica casi infranqueable a los genuinos creadores del *jazz*.

La música sincopada trasladó entonces su capital a Nueva York, que poco a poco se convertía en la capital de las diversiones del mundo. En la ciudad de los rascacielos, el *jazz* se refugió en Harlem, su barrio negro, en el que se

hacían varias centenas de miles de negros y al cual el poeta jamaquino Claude Mc. Kay dedicó un grueso volumen. Las oportunidades de trabajo eran allí más numerosas y mejor remuneradas las labores.

En Nueva York, la columna mercurial de la divulgación del *jazz* alcanzó su marca más elevada. Pero también fué allí donde se lo adulteró y perdió muchos de sus atributos prístinos. Sin embargo, la dinámica urbe presenció el surgimiento de conjuntos estelares como el del gran maestro Duke Ellington, silueta de excepción en los anales de la música rítmica, compositor de fuste y orquestador de paleta brillante e inagotable.

Pero la mayor falsificación del *jazz* sobrevino en 1935, cuando en el ambiente musical neyorquino se introdujo, de pronto, el vocablo *swing*, en cuyo nombre se infiltraron en las orquestas una serie de fórmulas instrumentales preestablecidas, ejecutadas a alta presión y basadas sobre arreglos orquestales escritos para conjuntos numerosos, integrados por casi dos decenas de realizadores. Estos arreglos, vertidos a un tiempo arrollador, eran vistosos, coloridos, más no representaban el artículo genuino.

Entre los abanderados del *jazz* ficticio que surgió entonces escudado tras el nombre de *swing*, se contó el clarinetista Benny Goodman, a quien luego reemplazó el trompetista Harry James, apareciendo después otros «reyes del *swing*», coronados por la fuerza de la publicidad...

Mas el vigor del *jazz* genuino, tal como fué creado hace cincuenta años o más, en el sur de los Estados Unidos, por músicos tocados por una inspiración musical inaudita, parece poder sortear toda clase de dificultades y derrumbar todas las murallas que se le han opuesto en su gloriosa trayectoria. Pues en la actualidad, y desde hace ya unos cuantos años, asistimos a un verdadero renacimiento de las genuinas expresiones de Nueva Orleans, del *boogie woogie* y los *blues*.

Este movimiento hacia la reconquista de los legítimos valores que encierran las arcas de esta música popular afroamericana, ha traído como consecuencia el hecho de que han sido sustraídos al olvido grandes artistas de la vieja guardia del género, como los trompetistas Mutt Carey y Bunk Johnson, los trombonistas Jim Robinson y Kid Ory, el clarinetista «Big Eye» Nelson, el guitarrista Bud Scott, algunos de los cuales aparecen en el *film* titulado «Nueva Orleans», estrenado hace poco entre nosotros.

NÉSTOR R. ORTIZ ODERIGO

Socio: Lee nuestra PUBLICACION